
LEOPOLDO MARECHAL: EL POTRO DE LA MUERTE

*Su nombre: Domador de Caballos, al Sur.
Domador de caballos,
no es otra su alabanza.*

Había nacido en Almagro a comienzos de siglo. Infancia de barrio y de campo, en los dorados días de Maipú, donde aparecen las primeras incitaciones de la realidad. Con ellas, la necesidad de responder.

Ahora te ves en el camino de Maipú a Las Armas, trazado en la llanura de horizonte a horizonte. Son los últimos días del verano y los primeros de tu adolescencia; y estás a caballo, detrás de cien novillos rojos, envuelto en la polvareda que levantan cuatrocientas pezuñas.

La realidad es, entonces, tan incomprensible como una flor y tan indomeñable como un potro salvaje. Hay que buscar la clave que la explique, el arte que la ordene.

Y la realidad movediza como las arenas, cuya incesante mutación veía yo en los hombres, animales y cosas de la llanura, no tardó en ocupar mis desvelos hasta un punto difícilmente creíble si ha de juzgarse por el verdor de mi edad. Aquel devenir extraño, aquella degeneración inquietante que se manifestaba en los días y las noches, las primaveras y los otoños, los nacimientos y las muertes, los júbilos y las desgracias, cuyos vaivenes misteriosos compartía yo con mi tribu de la llanura, fueron inclinándome a dos mociones del alma cuyo ejercicio no he abandonado aún: cierta inclinación a la duda, que me hacía recelar de todo aquello que trajese demasiado visible la señal del tránsito y el color de la finitud; y un ansia entrañable de lo permanente, un deseo acariciado hasta las lágrimas de algún mundo en cuya estabilidad se durmiera el Tiempo y se quebrara el Espacio.

Con los primeros intentos literarios, un cierto socialismo de tono romántico, y el comienzo de su tarea de maestro de escuela. También Florida y Martín Fierro. Allí comparte inquietudes metafísicas. Para algunos, meros juegos intelectuales que a la larga serán juegos de palabras; para otros...

Y ya, desde el comienzo, entre tus partidarios y tu alma se abre una firme disidencia; ellos no saben que, al edificar tus poemas con imágenes que no guardan entre sí ninguna relación lo haces para vencer al Tiempo...; ignoran ellos que, al reunir en una imagen dos formas demasiado lejanas entre sí, lo haces para derrotar al Espacio y la lejanía... No lo saben ellos y no te atreves a decírselo porque el silencio y la reserva son estigmas que se adquieren en la llanura.

Es esa íntima nostalgia por lo absoluto que se arrastra desde la adolescencia, y que por no olvidada se hace cada vez más imperiosa. Como el admirado domador, también él quiere experimentar el placer de someter a la Armonía las fuerzas de la naturaleza. Y tal vez, además, sus propias fuerzas.

Enajenada ya de su metafísico anhelo, tu poética no es, en el fondo, sino un caos musical: y ese caos te duele. Sí, un llamado al orden, que sin duda viene de tu sangre. Te será preciso buscar la cifra que sabe construir el orden: contra lo que afirman tus partidarios no es la tierra innumera quien te dará ese guarismo creador: bien sabes que la tierra, lejos de darlo, recibe su número del hombre, porque el hombre es la verdadera forma de la tierra. Y es en tu sangre donde buscarás aquella medida, la que trajeron los tuyos desde el otro lado del mar: necesitas readquirir ese número; y para ello es menester que lo veas encarnado en la obra de tu estirpe, allende las grandes aguas.

La peregrinación a las fuentes otorgará su fruto. De ahora en más, la cosmovisión cristiano-católica, con su sistema de categorías, relaciones y jerarquías, será el marco armónico y ordenado para la interpretación. Además, la base trascendente para una metafísica, y un ideal de belleza. En suma: serenidad.

Pero de súbito, cuando sobre la cabeza del Celebrante se yergue la Forma blanca, te parece adivinar allí una presencia invisible, que llena todo el ámbito y en silencio recibe aquel tributo de adoración, la presencia de un Espectador inmutable, sin principio ni fin, mucho más real que aquellos actores transitorios y aquel teatro perecedero. Y un terror divino humedece tu piel, y tiemblas en tu escondite de ladrón, porque sólo te ha guiado una razón de arte.

De ahora en adelante, templadas ya las cuerdas, una tarea minuciosa y difícil: dar testimonio de la realidad. La exigencia de armonía determina una estructura en la que lo personal se inserta en lo nacional y esto en lo universal. Simultáneamente, la necesidad de categorizar para comprender lo conduce, progresivamente, a lo arquetípico y lo esquemático. Consecuentemente, su obra es reflejo de esa tensión entre símbolo y realidad, una realidad cuya única carnadura reside, a veces, en el lenguaje. Y esa tensión, o, mejor dicho, sus alternativas, delimitan dos períodos en la obra: el período de "autoconstrucción natural" a partir de la batalla entre símbolo y realidad, período que *Adán Buenosayres* expone y clausura como un enorme epitafio; y el período de "autodestrucción simplificadora", en que el símbolo vence a la realidad, y del que *El banquete de Severo Arcángelo*, es buen ejemplo. Entre ambas novelas se recorre el espacio que existe entre los *Poemas Australes* y los del *Heptamerón*.

Mi obra, sino es religiosa en la exterioridad de sus temas, lo es en el valor intencional que yo pongo al escribirla y en los frecuentes simbolismos que suele emplear al traducir las realidades de tipo metafísico. Dentro de mi obra se ve muy claramente mi acepción de Cristo como mi único y suficiente redentor, y la exaltación de las palabras del Evangelio, que releo constantemente y que propongo a todos mis amigos, hasta a los marxistas, como la única solución para entender los problemas humanos que tanto nos preocupan.

Junto a este cristianismo católico, un nacionalismo igualmente militante que lo encuentra trabajando para el país entre 1943 y 1955, como Director General de Cultura y como director de Enseñanza Superior y Artística.

A mi entender, el drama se desarrolla entre una Argentina vieja y final que no quiere morir, y una Nueva Argentina que quiere manifestarse y entrar en su tiempo histórico. Desde hace varias décadas se habla de una revolución pendiente, ya que las realizadas hasta hoy, incluyendo a la peronista, fueron revoluciones a medias. La revolución pendiente deberá consumar el fallecimiento y el juicio final de la vieja Argentina, y la suya será una muerte natural o por vejez. Entonces la Nueva Argentina, tantas veces invocada, podrá iniciar sin restricciones su auténtico destino nacional y universal. Para ello deberá cambiar sus viejas estructuras sociales, económicas, mentales y espirituales.

Y desde 1955 sigue estando junto al país, y no solamente junto al país, puesto que advierte —más allá— la presencia de un mundo nuevo.

Mao Tse-Tung está escribiendo un poema lírico, fumando (si es que fuma) su bolita de opio, sublimándose con la idea de lanzar una tempestad amarilla sobre Occidente. A su vez Kruschew sueña con la misma tempestad, pero la quiere de tez blanca y con música de Shostakovich. El presidente de USA recostado a la sombra del capitalismo exige dólares a los contribuyentes internos y externos para derrotar a los rusos en la maratón de la luna... A la misma hora, el Papa escribe una encíclica donde recuerda las terribles exhortaciones del Evangelio. Por su parte, Nerhu, De Gaulle y Nasser piensan en un Tercer Mundo que veinte años antes se atrevió a idear un argentino ahora en el destierro.

Por todo ello, es decir, por el simple hecho de mirar al país desde una perspectiva nacional, es condenado al silencio por las colonizadas élites intelectuales. "Seráfico y con espada", como dijo Jauretche, rompe ese silencio con la sola fuerza de su talento. Entonces un semanario utiliza su retrato para ilustrar una cubierta dedicada al "boom" de la literatura argentina. Pero el fin está próximo.

*El potro de la muerte no se rindió a su espuela
de antiguo domador y jinete final.
Por eso duerme aquí, silencioso y vencido:
porque domaba todos los caballos,
menos uno.*

SANTIAGO GONZALEZ